

La gracia, dijo la poeta Anne Carson, es tanto el favor otorgado como la gratificación que siente el receptor. La gracia va y viene entre el que da y el que recibe un regalo. Ninguno podría existir sin el otro.

Agradezco pues a la Rectora y al Consejo directivo la confianza que depositan en mí, espero no defraudarlos, pues sabemos que la confianza no es otra cosa que una apuesta que hacemos allí donde no son posibles las certezas; al Comité Rectoral por la acogida y la disposición para trabajar juntos; a los profesores y profesoras de la Escuela no solo por estar aquí sino por las conversaciones presentes que, les confieso, tanto disfruto y a veces propicio; y, por supuesto a los y las estudiantes presentes y pasados a los que he dedicado con pasión mi hacer en EAFIT.

A Hemanita, Isa, Maribel y Mauricio, amigos y compinches de la vida entera, un “Dios les pague y les de el Cielo”.

Si me preguntaran quién soy, solo puedo decir que soy una mujer que nació en Medellín y a la que le fueron dados no solo su nombre sino y sobre todo el español como lengua materna. Eso soy. Eso es lo único que no puede cambiarse. Todo lo demás ha sido producto del azar, de las coincidencias, de las circunstancias, de las interacciones con otros y también de las elecciones personales y el esfuerzo o dedicación que ellas han implicado. Soy, por elección, decisión y empeño una profesora. Una profesora de EAFIT.

Mi llegada a la decanatura de la Escuela es también producto del azar. No obedece a un plan o a un propósito personal. No estoy aquí hoy debido a una ruta marcada o a un designio divino. Estoy aquí porque “eso es lo que hay”. Y eso que hay no es peyorativo o menor. Es real. No me lo esperaba, nadie se lo esperaba, pero es real. También estoy aquí porque acepté libremente. Nadie me obligó. Ni la Rectora, ni Adolfo, ni las circunstancias. Nadie. Nada. Ante una pregunta, dije sí. Una sílaba bastó y mi mundo cambió.

Cuento todo esto porque, como han dicho tantos otros y ustedes lo saben de sobra, el lenguaje no es inocente. Aunque parezca algo obvio y natural, no lo es. Es una construcción social que nos permite abrir posibilidades de acción, moderarlas o cancelarlas, plantear explicaciones e incrementar o disminuir nuestras posibilidades de comprensión de lo que somos como individuos o comunidades. Y hablo del lenguaje porque es el principio de todo principio y lo fue también del proyecto humanista y científico de EAFIT.

Un proyecto que se forjó desde que se formularon los primeros planes académicos del programa de Administración y que se fue extendiendo, poco a poco, a todos nuestros programas, hasta hoy. Cinco materias de “humanidades”, dos de “español” y dos de “inglés. Cinco cursos de cálculo y dos de programación de computadores, como entonces se les decía a las materias que enseñaban lógica de programación y lenguajes informáticos. No recuerdo ya sus contenidos, pero sí su propósito: enseñar a pensar, o mejor, a desplegar un pensamiento propio, interpretativo y crítico.

Esa unidad de propósito, enseñar a pensar, y de objeto de estudio, el lenguaje, sirvieron de cimientos para fundar la Escuela que por aquel entonces se llamó de Ciencias y

Humanidades. Recuerdo las conversaciones sobre la denominación y sobre la pertinencia de unir lo que nació junto, pero que las derivas intelectuales y científicas han mantenido separado por tanto tiempo. Fue una iniciativa arriesgada que permitió la concepción, diseño y puesta en marcha de varios proyectos y programas académicos: Comunicación social, Ciencias políticas, Ingeniería matemática, Ingeniería física y las famosas rutas disciplinarias de humanidades que les abrieron a los estudiantes de EAFIT, por primera vez, la posibilidad de hacerse cargo de la formación que querían recibir y ganar en autonomía para trazar una trayectoria académica personal. Ofrecimos un abanico de opciones con nombres inusuales, pero precisos, de los que todavía hoy, algunos de nosotros, nos sentimos orgullosos: Interacción comunicativa, estudios políticos, psicoanálisis y literatura, sujeto y poder, entre otros. Hoy lo hemos cambiado por propuestas que van desde La pregunta por la vida buena hasta el Desarrollo sostenible, pasando por Arte y ciudadanía, Crítica de la opinión pública, Cultura humanística, Escrituras creativas, Estudios de ciencia, Estudios políticos, Literatura aplicada y Música. Nuestra lista de intereses intelectuales y académicos incluye hoy la Literatura, la Música, la Psicología, el Diseño interactivo, los Estudios del comportamiento, la comunicación política y transmedia y la innovación educativa.

Me gusta pensar que, a pesar de tantos cambios, la formación humanística en EAFIT conserva sus propósitos fundacionales: agenciar en nuestros estudiantes y aliados una conciencia lingüística, histórica, estética, ciudadana y crítica que, independientemente de sus profesiones, campos de estudio o ámbitos de actuación, les permitan construir sentido a sus vidas, a sus acciones y a la maraña de interacciones que constituye el vivir humano.

2

Los retos que enfrenta la Escuela no son menores. He tratado de resumirlos, con las limitaciones que esto entraña, en una sola palabra y esa palabra tiene que ver con el tiempo o, mejor dicho, con la velocidad: Ritmo.

Sabemos que el tiempo que nos ha tocado vivir se percibe cada vez más rápido. La aceleración desaforada nos produce vértigo y también estupor. Habitar en el mundo digital ha traído consigo la fantasía de la multiplicación del tiempo. Pero eso, también lo sabemos, no es más que una vana ilusión. El día sigue teniendo 24 horas, 1.440 minutos y 86.400 segundos. Ni uno más, ni uno menos.

Nos vemos obligados a hacer muchísimas cosas al mismo tiempo. La multitarea ha terminado por convertirse en un valor social al que le rendimos pleitesía: comemos mientras trabajamos, hacemos ejercicio escuchando podcasts o audiolibros, conversamos con otros mientras respondemos correos electrónicos o mensajes instantáneos, he visto a algunos atender a dos o tres reuniones a la vez. Se nos exige, contra la más elemental lógica¹, que seamos al tiempo unidad y multiplicidad, mismidad y otredad, cerrazón y apertura. Lo irónico es que estamos en todas partes y en ninguna. Lo devastador es que la aceleración, como lo advirtió hace tanto tiempo Paul Virilio, trae consigo la pérdida del territorio, del lenguaje y del cuerpo propio. Los viajes rápidos que ahora se han reemplazado por la presencia virtual nos privan de ciudades, parques y paisajes; los emoticones, memes y pegatinas nos han ido privando de la conversación,

¹ Violar el principio de no contradicción

de la voz del otro y de la interacción pausada, condiciones necesarias para el ingenio y la imaginación; y el dopaje, tan usado para incrementar el rendimiento o evitar el terror que producen el cansancio y el tedio, nos aleja de las sensaciones del cuerpo y del ritmo que requiere nuestro organismo para conservar la vida. Todo esto sin contar con la pérdida del otro, del prójimo tan próximo, por la urgencia, siempre presente, de responderle a quien está lejos. Nos domina la tiranía irreflexiva de la aparente cercanía del clic.

El mundo en el que vivimos les impone a las universidades la necesidad de responder rápidamente a sus demandas. Personas, empresas, organizaciones de todo tipo, acosadas también por el vértigo de la velocidad, nos piden ayuda. Quieren entender y transformar su mundo y sus acciones y no saben cómo hacerlo, no tienen tiempo para pensar detenidamente en sus problemas que se multiplican sin cesar. Confían en que nosotros tenemos respuestas.

En los resultados de los procesos de diálogo social que hemos adelantado desde el Centro Humanista, las Universidades aparecen como instituciones confiables, capaces de adelantar o propiciar reformas que los ciudadanos consideran relevantes para una buena vida en sociedad. ¿Qué respuestas podemos darles? ¿Cuál es nuestro papel y nuestra contribución? ¿De qué podemos hacernos cargo? ¿Por qué confían en nosotros? No lo sé, pero me atrevo a decir que esto se debe a que socialmente la universidad ha sido concebida históricamente como el lugar por excelencia donde son posibles la reflexión, la creación, la imaginación y el ingenio. Y para ello se requiere lentitud. Sin la lentitud, sin la pausa, sin la deliberación y la crítica poco somos o, mejor, corremos el riesgo de convertirnos en simples reproductores distorsionados e irreflexivos de ideas y discursos de otros. Sin la lentitud, sin la posibilidad de detenerse, sin la posibilidad de detener el juicio, es difícil cultivar el asombro, plantear preguntas y ofrecer respuestas, ya sea parciales o definitivas. La aceleración irreflexiva simplifica los asuntos, los banaliza, los despoja de su dificultad inherente. El vértigo produce náuseas, reacciones instintivas y primarias, proliferación de problemas que no queremos tener y disminución de aquellos a los que valdría la pena dedicarles la vida entera.

Las humanidades y las artes son constitutivamente lentas, lo que no significa que sean indiferentes. De eso depende su pertinencia y contribución social. Sin importar el campo de estudio, sus preguntas son siempre fundamentales. Mientras otros se ocupan del cómo, las humanidades y las artes se ocupan del qué, del por qué y del para qué. Mientras otros piensan en acciones inmediatas, las humanidades y las artes se preguntan por las posibles consecuencias no intencionales de esas acciones. Sus respuestas son a menudo molestas o, por lo menos, inquietantes, pues advierten a menudo las fallas, o posibles fallas, que trae consigo la acción reactiva. Los problemas que plantean producen escozor y las respuestas que ofrecen pueden ser incómodas e incluso dolorosas o perturbadoras, pero no menos fructíferas y vivificantes. Así que uno de los retos que hoy enfrenta la Escuela es el acompasamiento necesario entre la urgencia de los problemas del presente y lentitud que hace posible la pertinencia y utilidad de las posibilidades de acción.

Lo anterior nos impone otro desafío, esta vez interno. La teoría de la cibernética nos enseñó, hace ya mucho tiempo, que debe haber una cierta equivalencia entre la complejidad o variedad del sistema y la de su control. No pueden manejarse las luces de una discoteca con un simple interruptor que solo tiene dos estados: prendido o

apagado. No podemos responder a las complejidades sociales con una estructura simple fundada en la comodidad y dependencia que representa la jerarquía.

Mi amiga y profesora de estrategia Diana Londoño, decía, siempre con una sonrisa picarona, que todo aquel que no fuera administrador era siempre taylorista refiriéndose a las primeras estructuras de orden fabril que organizaban sus tareas mediante la separación básica y radical entre el pensar y el hacer. Los gerentes y administradores pensaban, diseñaban, sabían cómo hacer mejor el trabajo, todo el trabajo. Sabían de diseño, de fabricación, de finanzas y de economía y por entonces el mercadeo no era necesario. Por su parte, los obreros, casi siempre analfabetos y dedicados a tareas simples y repetitivas, obedecían. En una palabra, el mundo laboral estaba separado en dos grandes instancias de acción y la brecha era insalvable: los de arriba (cerebro) y los de abajo (manos y pies).

Las estructuras jerárquicas, sin importar su tamaño, conservan esa separación. Son útiles, cuando los entornos son simples, locales y poco hostiles, cuando hay poca diversidad de productos y servicios y cuando los problemas que pretende resolver no requieren de conocimientos complejos. Este tipo de estructuras le funcionó muy bien el empresario que se jactaba de decir que todo aquel que quisiera un carro nuevo lo podía tener siempre y cuando el modelo fuera el T y el color negro.

Pero, como señalé antes, ya no tenemos entornos simples ni locales y la hostilidad va en aumento. Los problemas que enfrentamos son complejos, demasiadas variables han de ser siempre consideradas. Ya no tenemos dos programas de pregrado y la Universidad, hace rato ya, no cabe en el bloque 26. Así que optamos por un propósito que encauza todo lo que hacemos (inspirar vidas, crear conocimiento y transformar sociedades) y por una estructura distinta, esta vez de carácter matricial. Una estructura más compleja porque solo así podemos lidiar con la creciente variabilidad del entorno; una estructura que potencia y privilegia la interacción de nuestros conocimientos y nuestra capacidad de respuesta.

Las áreas académicas son lugares de encuentro, deliberación, imaginación e invención que privilegian los problemas y se sirven de la interacción disciplinar para señalarlos, identificarlos, demarcarlos y, de ese modo, ensanchar la comprensión que permita el diseño y planteamiento de posibles y viables soluciones. A nosotros, en la Escuela, nos competen asuntos relevantes socialmente y que están a la base de todo conocimiento: el lenguaje, la creación y la cultura. A pesar de sus particulares señas de identidad, notaciones y cadencias, la recurrencia de la interacción, como en el jazz, nos permitirá acompañar los ritmos y proponer proyectos que suenen y resuenen de manera armónica. A través de los programas formales y de educación continua, así como de proyectos de investigación y consultoría nos vinculamos con el mundo y con las organizaciones. Aquí es donde encarnamos el reto de mantener el equilibrio dinámico entre la complejidad del entorno y del sistema.

Áreas, programas y proyectos son los elementos constitutivos de la nueva estructura matricial. Ninguno de los tres es más importante que los demás. Al tratarse de un sistema, sabemos que la clave está en que el todo es siempre mayor que la suma de sus partes. La sistémica postula, sin cesar, que más que las partes, lo importante son las relaciones entre ellas. Reducir el funcionamiento de esta estructura a las acciones de un puñado de jefes, directores y decanos significa incrementar la velocidad de la entropía

en lugar de reducirla. La viabilidad del sistema depende casi por entero de la acción y el compromiso de los profesores y profesoras y, sobre todo, de las redes de conversaciones que posibiliten la estructuración de nuevas dinámicas de acción. A nosotros nos compete, como bien lo dijo Heinz von Foerster, ampliar siempre las posibilidades de acción, nunca reducirlas.

Déjenme terminar con una idea a la que quiero hacerle eco y espero oriente mi atención. Obviamente no es mía, ya dije antes que todo me ha sido dado. La propuso, en el Colegio de Francia, Roland Barthes en un curso en el que se preguntaba cómo podíamos vivir juntos. Allí planteó la utopía de una comunidad humana idiorrítmica: una sociedad en la que deberíamos armonizar el “delicado juego de distancias y proximidades, reglas y libertades, comunicación y discreción, deseos y abstinencias, [...] solo regida por un sueño: [no únicamente el vivir, sino] el vivir bien”.

Muchas gracias.